

Los días con Fernanda

João-Clóvis Bruselas



Capítulo 1

Fernanda era de esas personas inquietas, siempre con alguna actividad por hacer, sus días comenzaban temprano, muy temprano, desayunando sus frutas con cereales y un té de la India que siempre alguien le traía de algún viaje. Después se subía a su bicicleta y pedaleaba media hora hasta su lugar de trabajo, si era lunes o miércoles iría hasta Palermo, en donde daría sus dos horas de clase de pilates de la mañana, y otras dos más por la tarde, luego iría hasta la facultad y se quedaría otras dos horas como oyente de las clases de filosofía, no era ningún secreto entre sus conocidos que amaba platónicamente a Darío Sztajnszrajber. Al salir de sus clases se quedaba escuchándolo hablar con sus alumnos en las puertas del aula, ella a veces hacía alguna pregunta que Darío le respondía con otra pregunta que la dejaba pensativa y con una sonrisa de satisfacción. Al mediodía solía ir al Jardín Botánico a almorzar alguna vianda hecha con verduras, que siempre llevaba en un táper dentro de su mochila, allí almorzaba mientras leía a Pessoa. Como vivía lejos del centro, por Villa del Parque, le gustaba hacer tiempo pululando por los espacios verdes de la ciudad, también solía ir hasta la casa de algún amigo o amiga que viviera por la zona y almorzar con ellos, ya que volver en bicicleta le llevaba mucho tiempo, sobre todo si después debía regresar a retomar sus clases o trabajar. Usaba transporte público solamente los días de lluvia o si no se sentía con ganas de andar en bicicleta, ambos momentos eran extraños pero sucedían muy de vez en cuando. Por las tardes tenía diferentes rutinas, según qué día de la semana fuera ella debía trabajar con sus otros cursos de pilates que daba en su casa, o debía ir a la facultad o a sus clases de teatro o de pintura. Por las noches le gustaba quedar con amigas y amigos para tomar algo en algún bar de Palermo, también era un plan magnífico perderse en algunas muestras de arte que realizaban sus conocidos, y no tantos, en sus propias casas, grandes caserones antiguos con terrenos amplios e iluminados, donde se construían diversos espacios en los cuales se creaban pequeñas muestras de esculturas, fotos o pinturas. También solían hacer allí su debut artístico diferentes bandas under de la ciudad, algunas eran muy buenas y otras, según sus propias palabras, muy bizarras en los que las puestas en escenas eran más importantes que la música y uno podía encontrarse con músicos enteramente desnudos tocando sus instrumentos o disfrazados con látex, como si fueran preservativos. Cuando no sucedía ninguna de estas actividades Fernanda podía disfrutar de su propia soledad e ir a sentarse a cualquier bar porteño y tomar una copa de vino mientras disfruta del placer de escribir o leer. Redactaba sus propias obras de teatro, que eran tan rebuscadas y barrocas que nunca lograba ponerlas en escena, y poesías. Le gustaba mucho un lugar de comidas veganas ubicado en el centro de la ciudad, en el cual las luces siempre estaban de forma cenital y alumbraban la mesa, lo que resultaba una iluminación

ideal para poder ver sus hojas o sus libros, porque ella, claro, estaba en contacto con el primer eslabón del arte, el papel, y no leía desde computadoras, o cualquier otro aparato electrónico, si no fuera absolutamente necesario.

Fernanda tenía una vida completa, o eso pensaba, llenaba todos los espacios que su mente imaginaba y los convertía en realidad. Lo que nunca había imaginado era la historia que estaba por escribirse y decía que una noche de lluvia nos íbamos a encontrar en la casa de un amigo en común. Ese día, sábado, ella se levantó un poco más tarde de lo común, no tenía grandes cosas para hacer por la mañana así que se preparó un desayuno fornido, amasó un poco de harina mezclada con agua, sal y aceite, lo cocinó sobre una sartén a fuego alto y armó una especie de pan árabe, que en realidad se llamaba chapati, una receta de un antiguo novio malabarista que había viajado por la India. Tomó una bandeja y colocó en ella una cuchara para el queso untable y otra para el dulce de leche, un cuchillo para los chapati y un vaso con jugo de naranja, en vez de té se antojó por mate endulzado con azúcar mascabo. Se sentó en el sillón y desayualmorzó, así le gustaba decirle a los desayunos tardíos, mientras leía un libro de astrología y escuchaba un random de chill out. Por la tarde tenía que hacer un repaso de texto de una obra, en la que actuaba al día siguiente, y más tarde iría al cumpleaños de su amigo Nicolás, que además era un gran escenógrafo teatral y audiovisual. Como no iba a tener tiempo de volver después del ensayo de la obra, se vistió para estar acorde a cualquier situación, luego le dio de comer a Burbuja, su gato, y regó sus más de cien plantas desparramadas por toda su casa. Pasado el mediodía se tomó el colectivo 24 porque después no sabría dónde dejar su bicicleta y además de seguro bebería vino en el cumpleaños, por la ventanilla observó un día lleno de armonía y luminoso que no hacía sospechar ninguna tormenta venidera.

Yo me encontraba recién llegado a la ciudad, hacía una semana o dos, nunca había vivido en ella pero tenía amigos de muchos años que vivían y trabajaban allí. Uno de ellos era mi amigo Nicolás que cumplía años y organizaba un festejo cuya consigna era sencilla, los invitados debíamos llevar lo que quisiéramos para beber y él, como anfitrión, se encargaba de la comida. Por esos días me gustaba mucho beber Campari, por lo que llevé una botella, mi intención era llevar dos pero no quería terminar la noche en algún hospital o comisaría, lugares que frecuentaba luego de tomar demasiado y convertirme en un imbécil. Mi miedo a llegar tarde, por cuestiones de mi impuntualidad crónica que me hacía llegar a deshoras a todos lados, hizo que esa tarde llegara demasiado temprano. Era verano y a las ocho de la noche aún se podía disfrutar del último rayo de sol en el atardecer desde el balcón del departamento de mi amigo. Obviamente a esa hora sólo éramos tres, además de Nicolás también se encontraba su novio Gabriel, a quien yo parecía no caerle muy en gracia pero que igual me trataba cordialmente. Nos servimos una copa de vino, estaban contentos por mi llegada temprana por lo que comenzaron a

ametrallarme a preguntas sobre mis últimos meses mientras se bebían unas cervezas y fumaban un porro, porro que rechacé porque en esos momentos me deprimía fumar y el balcón siempre me hacía un llamado algo extraño para jugar con la idea de zambullirme al vacío. Hacía unos años que estaba deambulando por el mundo, había caído en Buenos Aires luego de vivir en ciudades increíbles como Río de Janeiro, Manila, Barcelona, Ámsterdam o Kuala Lumpur, y de disfrutar la vida en islas paradisíacas, como lo fueron Koh Phangan o Pulau Kapas. Había vuelto a Buenos Aires después de haber sido parte de un traspie amoroso en Europa, estaba huyendo bastante bien de la depresión pero me apresaba a la ciudad, me lo pasaba encerrado en el departamento y salía muy poco. Esa noche me decidí a salir de mi encierro porque era una ocasión especial por ser el cumpleaños de Nicolás y porque ningún desamor puede durar para siempre. Mientras les contaba esa historia, por demás triste, ellos cruzaron sus miradas y se sonrieron de forma cómplice, como si hubieran pensado lo mismo al mismo tiempo, vi cómo les brillaban las pupilas al conectarse mutuamente con sus pensamientos.

- Tenemos la chica ideal para vos. - Dijo Gabriel como si no le importara mis sentimientos recién narrados. - Se llama Fernanda, te va a encantar.

- No, no, no, no. No estoy buscando una relación. - Les respondí de forma rotunda pero a la vez curiosa. - Recién estoy saliendo de una ¿no escuchaste lo que les conté?

- Dejalo, dijo Nicolás, más adelante se la presentamos. - dijo mientras le guiñaba un ojo a Gabriel. - Aunque quizás venga hoy, dale tomate otra copa de vino y contáanos más.

- Espero que no sea actriz. - Les dije mientras me servía otra copa de vino. - Ya estoy hasta el cuello de actrices que se enamoran de una imagen que creen que tengo y que después se aburren porque soy un tipo aburrido.

Olvidamos el tema y seguimos poniéndonos al día con otras anécdotas menos importantes, como si era verdad que las brasileñas se depilaban todo el cuerpo completo o si en Asia el agua del inodoro giraba al revés. El timbre sonaba cada tanto con visitantes que se iban uniendo al cumpleaños, hartos de bajar a cada instante a abrir la puerta de la calle inventamos un sistema de turnos para que no bajará siempre el mismo a recibir a los invitados. Nicolás siempre trataba de zafar y mentía diciendo que él acababa de bajar la última vez. Las fiestas de mis amigos solían ser muy divertidas porque siempre había abundantes bebidas, muchas risas y anécdotas que daban gusto oír, todos tenían buenas charlas, marihuana y, lo más importante, casi todos eran artistas. Siempre había improvisaciones espontáneas o se cantaban canciones que empezaba cualquiera que tomara la guitarra y nos animara a todos a

cantar.

El timbre sonó insistentemente mientras todo el mundo estaba muy compenetrado cantando "El Viento trae una Copla" en el que Nicolás y Gabriel hacían guitarra, voz y percusión. Me hicieron señas con sus ojos, sin dejar de cantar o de tocar sus instrumentos, para que fuera a abrir, bajé aunque también lo había hecho la última vez que había llegado gente. Cuando salí del ascensor, y caminé hacia la puerta de salida, vi que afuera había una mujer más o menos de mi estatura, con sus cabellos enrulados al viento que, más que copla, parecía traer tempestad, ella tenía un vestido negro que contrastaba con su piel blanca, sus piernas estaban de forma oblicuamente dispuestas, una contra la otra, en señal de un frío inesperado de verano, en una de sus manos traía una botella de vino Syrah y con la otra intentaba acomodarse el flequillo despeinado por el viento. Cuando me vio me regaló una sonrisa en la que se le vieron todos sus dientes, le abrí y entró de un salto escapando de las primeras gotas que caían en la calle. Me saludó con un beso en la mejilla y nos metimos en el ascensor, a medida que subíamos íbamos escuchando con mayor claridad el canto y el bullicio proveniente del departamento de mis amigos. Quise romper el hielo de manera graciosa e inteligente pero sólo atiné a reírme sin sentido ni remedio, aunque no había fumado el humo del ambiente igual había hecho efecto en mí, ella, que era toda bella, también se rio sin saber por qué me estaba riendo, era cómplice por pura empatía, reímos todo el viaje en el ascensor sin ningún motivo. Cuando entramos saludó a todo el mundo, uno por uno, conocidos y desconocidos que se alegraban por igual al verla, luego se acercó a la mesa y buscó una copa, al no encontrar ninguna preguntó si había alguna vacía, ante la negativa o desinterés de los más no le quedó otra que agarrar un vaso en el que se sirvió un poco de vino de una botella que ya estaba abierta.

Después de un rato, en el que se sucedieron varias canciones que todos entonamos efusivamente, nos pusimos a correr todas las sillas y otras cosas del medio del living, dejamos un hueco que iba a servir de escenario teatral, estaba decorado por una alfombra peluda sobre el piso e iluminado por dos lámparas y un sable de Star Wars, que colgaba sobre la pared. Nicolás se vistió de presentador y dejó inaugurada la sesión de improvisación, un alivio para muchos que imaginaban que se avecinaba un aburrido dígalo con mímicas. Todos aplaudimos y nos reímos, en mi caso lo hice de ingenuo porque no sabía que también iba a participar. Fernanda pasó al frente, animándose a ser la primera participante del juego, y empezó a realizar una especie de caldeamiento, saltaba y estiraba sus piernas llevando sus pies hasta más allá de su cabeza, parecía una gimnasta profesional, yo la observaba maravillado hacer esos movimientos de forma divertida hasta que me vio, sin dejar de sonreír me llamó para que sea su coprotagonista. Tuve que ser empujado hasta el centro por mis amigos. Fernanda, al ver que ofrecía un poco de resistencia, me preguntó si le tenía miedo a ella, le dije que no aunque advertí que sentía mis manos sudar, rogaba que sea lo que fuera que

hiciéramos no hubiera contacto físico. Luego comenzaron a tirar posibles opciones para realizar nuestra improvisación, Nicolás comenzó a gritar más fuerte que todos y por ello ganó su propuesta, debíamos improvisar una escena de amor, en la que un personaje pasaba del enojo al perdón, y cerrar con un beso final, todos vimos como Nicolás me guiñaba un ojo en complicidad. Yo estaba petrificado y no sabía cómo comenzar la obra, así que la que tomó la posta fue ella, se sentó sobre el respaldo de un sillón y empezó a hablar, curiosamente y por suerte para mí, tomó el papel de la persona que buscaba el perdón, que en esos casos siempre es la que más parlamentos utiliza. Se movía con mucha frescura, con gestos y movimientos ligeros, yo estaba rígido pero a la vez sentía una sensación maravillosa al estar en esa pequeñísima obra y sentirme actor ante un público que observaba y era parte del juego, público que ni sospechaba que uno no sabía qué hacer. En verdad los actores viven la mejor de las vidas, interpretando personas, jugando a usar máscaras, a darles vidas, Fernanda sabía muy bien de todo eso. Unos minutos después yo estaba perdonándola en el escenario improvisado, nos acercamos y nos besamos de una forma dulce, yo me salí del personaje y la apreté secretamente un poco hacia mí. Finalizamos la escena luego del beso y nos reímos muchísimo, yo sentía que estaba a punto de desmayarme y sudaba en frío por el pánico escénico. Todos nos aplaudieron mientras ya comenzaban a pasar al frente otros tres actores que iban hacia el centro del living. Fui por otro trago de Campari con naranja y nos encontramos con Fernanda en la mesa donde estaban las botellas, ella se servía un poco de vino mientras miraba la lluvia nocturna por la ventana que daba al balcón.

- Qué intenso ¿no? - Le dije ya respirando más aliviado después de la presión de actuar.

- Fue muy divertido, me encantan estos cumplidos así. - Dijo riéndose.

- Para mí fue debut, me siento más cómodo como espectador.

- Sin embargo estuviste muy bien, sobre todo en la parte del beso, es difícil para alguien que no se dedica a la actuación.

- Es que me parece que no actué esa parte.

- Muy mal, muy mal, es como si hubieras aprovechado la situación para besarme. - Dijo sonriendo con todos los dientes mientras me miraba fijamente.

Era tan malo en la actuación como en vivir la vida misma, es por eso que nunca supe el momento ideal en el que debía pasar a la siguiente escena en cada romance que parece comenzar, así que también sonreí en este momento mientras ella volvió a ver las improvisaciones que estaban finalizando. Alguien puso algo de música tecno y Fernanda salió disparada a sumarse al grupo de gente que ya bailaba en el centro del

departamento. Yo terminé mi bebida y también fui hasta dónde casi todos los demás bailaban, me coloqué delante de ella y nos sonreímos mientras nos movíamos en diferentes ritmos.

- ¿Por qué nunca te había visto antes? ¿Hace mucho que conocés a Nicolás? -Me preguntó mientras bailaba Microdancing de Babasónicos.

- Si, soy amigo de Nico de la secundaria, estuve viajando estos últimos años y nunca concordaba con su cumpleaños. - Le respondí casi haciendo malabares ya que me es muy difícil bailar y charlar al mismo tiempo.

- ¡Ah, vos sos el amigo viajero! - me dijo con cara de sorpresa, luego intercambió miradas divertidas con Nicolás y Gabriel, después miró su reloj de pulsera y abrió la boca muy grande haciendo un gesto tan sorpresivo que parecía exagerado y divertido, fue como que cayó en una realidad totalmente diferente a la que estaba viviendo. - ¡Me tengo que ir!
- exclamó como una cenicienta moderna.

Se despidió de todos y me pidió que bajara a abrirle, en la puerta me entregó un papel en el que se anunciaba una obra. Suena increíble pero los actores siempre parecen tener los folletos de sus obras guardados en cualquier bolsillo de cualquier atuendo que lleven encima, siempre terminan sus frases de saludos de despedida con un:

- Vení a verme mañana, después vamos a ir a la muestra de fotos de una amiga.

Le dije que si mientras se iba corriendo bajo la lluvia casi sin escuchar mi respuesta, paró un taxi con una mano mientras con la otra se tapaba la cabeza de la lluvia. Me quedé viendo como subía al taxi, extrañado por su repentina marcha, leí el folleto y observé que la obra "Mamá ya Camina" era para la mañana siguiente, al mismo tiempo que el mediodía. Acaricié su nombre en el papel y lo guardé en mi billetera.

Al otro día fui puntual a la sala de teatro que quedaba sobre una calle empedrada de Villa Crespo, compré mi entrada y esperé a que me dieran la señal para entrar. Fui sin acompañantes porque ni Nicolás ni Gabriel quisieron levantarse temprano para ir, además ya habían ido al estreno y a dos funciones más. Entré y descubrí que, contrariamente a lo que imaginaba, había sala casi completa. La obra era muy dura, un tema familiar bastante fuerte, además de los actores también entraba en escena la escenografía "natural", que tenía un ventiluz en el techo para usar la luz del sol de cada mediodía en el que se representaba la obra, cabe aclarar que la obra se representaba en un gran depósito y no en un teatro, los actores jugaban con esa luz de forma dramática que les marcaba el tiempo. Mi atención se centró totalmente en Fernanda, contenía la misma gracia de la noche anterior, aún sumida en un personaje totalmente diferente, triste y doloroso. Al finalizar la obra

aplaudimos todos de pie y luego desalojamos la sala. La esperé un buen rato, ya que imaginé que debían quitarse el maquillaje y acomodar la sala entre los mismos actores. Cuando salió yo me estaba tomando un café con leche en el bar del improvisado teatro, se sentó conmigo y le hizo señas a un compañero para que se sentará con nosotros, éste me saludó afectuosamente pero dijo que tenía los raviolos de su mamá esperándolo en su casa.

- Gracias por venir, tenía mis dudas sobre si venías o no ¿qué te pareció?

- Me encantó de principio a fin, me atrapó mucho la dinámica y la puesta me pareció hermosa. Vos la rompiste, la verdad que te vi muy natural.

- Gracias, sos muy amistoso haciendo críticas. - Me dijo riendo.

- Bueno ¿qué te contaron los chicos de mí? estos dos casamenteros me dijeron que querían que nos conociéramos porque, según ellos, vos sos ideal para mí. - Le dije sin vueltas con una valentía inusitada de la que me arrepentí ni bien las palabras escaparon de mi boca.

- ¡Epa! ¡Que directo! Bueno, ya que jugamos ese juego te voy a contar que fui yo la que pregunté por vos. Vi una foto tuya en una playa caribeña, creo que en Facebook, y les dije, sin esperar que suceda nada, que me gustabas, ellos me contaron que estabas de viaje y que casi nunca venías para Buenos Aires, pero acá estás.

- ¿O sea que anoche me preguntaste aunque ya sabías que viajaba?

- Si, quería tener esa charla de recuerdo para el día de mañana. - Me dijo mientras comía una de mis medialunas.

- Me eclipsas un poco, todo lo que hacés parece que lo hicieras en cámara lenta, como si ya supieras todo lo que va a suceder después. Yo en cambio soy un tipo aburrido, no tengo ni rutina, vos parece que haces mil cosas a la vez.

- No me sobreestimes, no soy tan grande como para eclipsar, tengo mis dudas y mis lunas también. Además a mí me gusta lo que haces, me gustan tus fotos.

- Me encantaría decirte que soy maravilloso pero en realidad soy un desastre, me gustaría que nos sigamos conociendo pero necesito que me tengas paciencia porque estoy saliendo de una historieta complicada.

- Nos estamos conociendo, tranquilo. No necesito una pata para mi mesa, tengo paz mental y no voy dando oportunidades como si fuera una beca, dejemos que las cosas fluyan y no intervengamos ni acomodemos nada. Ahora terminá ese café con leche que nos vamos a una muestra de

fotografía, estoy segura que te va a gustar. - me dijo armonizando cualquier incomodidad que pudiera tener.

Fuimos a la muestra y charlamos todo el tiempo que allí estuvimos, después fuimos a un bar y nos bebimos un par de cervezas. Parecía que íbamos a despedirnos pero casi sin darnos cuenta estábamos abrazándonos en una esquina de Palermo casi en plena medianoche. Un auto pasó, una chica se asomó por la ventana y canturreo "beso, beso, beso, beso". Cuando finalmente nos besamos nos volvió a gritar que fuéramos a un hotel.

Nos reímos tanto que tuvimos que dejar de besarnos por unos segundos.

Realmente Fernanda fue la historia de amor más grande que tuve en mi vida, durante dos años nos acompañamos y los días eran de mucha felicidad, reíamos siempre que estábamos juntos y nos extrañábamos cada vez que nos separábamos. ¡No discutimos una sola vez en todo ese tiempo! Como prácticamente dormíamos siempre juntos, en su casa o en la mía, a los dos meses comenzamos a mirar una vivienda para alquilar y vivir oficialmente en pareja. Unas semanas después ya estábamos conviviendo y todos los días eran como ver nacimiento de una estrella, cursis pero ampliamente importantes, una mezcla de miedo a lo desconocido con la alegría de finalmente saberse inseparables. Acomodar las cosas fue una tarea sumamente divertida ya que Fernanda tenía un don para el buen gusto estético y el humor, cada tanto me hacía chistes y me preguntaba.

- ¿Y, ya te arrepentiste? ¿No querés irte de viaje y dar la vuelta al mundo?

Me lo decía mientras la correteaba por el pequeño living, hasta que caíamos en un sofá que estaba cruzado en medio de la sala, le hacía cosquillas y reía, reíamos, todo un cliché hollywoodense.

Una noche quedamos en ir a ver una obra teatral de un amigo de ella, Pablo Razuk, que interpretaba a "Severino" en su sala de teatro. Quedamos en encontrarnos a las ocho de la noche en la estación Medrano ya que ella estaría en nuestra casa y yo tenía que ver un trabajo como fotógrafo de eventos en el centro. Extrañamente llegué de manera puntual y supuse que ella llegaría de un momento a otro ya que ella siempre llegaba a tiempo y nos habíamos estado mensajeados hasta hacía media hora atrás, dónde me había contado que ya estaba preparándose para salir. La llamé varias veces pero nunca respondió, esperé unos minutos más y volví a llamarla pero seguía sin contestar. Al principio pensé que solo se habría demorado, pero después supuse que algo tendría que haberle pasado ya que era raro que llegara tarde o que no me atendiera. Me subí al subte y bajé en la estación Hernández, corrí las dos cuadras hasta nuestra casa y entré con el sudor ganándome la espalda, vi las

luzes encendidas y empecé a llamarla con la voz un poco elevada y cortada por el temor, no me respondía. Entré a la habitación y la vi tendida a un costado, mis manos comenzaron a temblar y a sudar, corrí hacia ella y la tomé por los hombros mientras gritaba, desesperado, su nombre.

Llamé a una ambulancia y la llevaron al Hospital Italiano en Almagro. Después de muchas horas en las que le practicaron diferentes estudios los médicos me dijeron que no sabían que era lo que tenía y que había que dejarla en observación por unos días. Corrí hacia su habitación en donde la encontré dormida, pero lo que vi no era ella, parecía que su cuerpo había perdido toda su luz, parecía un muñeco de hule imitándola, con su nariz y sus labios mirando hacia arriba sin ninguna expresión, ella, que hasta cuando dormía parecía expresar alguna gracia, ella ya no estaba ahí. Como una ironía de la vida fue Fernanda quien se fue de viaje, su cuerpo era algo inerte, una cápsula de viaje vacía que ya había abandonado. Lloré desconsoladamente y no pude separarme de su cuerpo, hasta que su corazón decidió parar definitivamente dos días después.

Luché contra su familia, que querían enterrarla en Chacarita, les pedí que por favor no la encerraran en un nicho horrible porque a ella le gustaba la libertad de las plantas y la naturaleza en general. Finalmente tiramos sus cenizas en el Jardín Botánico, fueron alrededor de doscientas personas a despedirla y yo leí un poema de Pessoa sobre la vida que a ella le encantaba, entre verso y verso hacía pausas muy largas para no caer en el llanto que me atormentaba y se detenía en mis pupilas, como un clavadista temeroso de arrojar por el acantilado a las aguas del mar. Poco antes del final me quebré, tuvieron que venir Nicolás y Juan Manuel, el hermano de Fernanda, a ayudarme a terminar de leer.

Nos abrazamos y lloramos los tres.

Hoy termino estas líneas en su bar preferido de comidas veganas, me tomo una copa de Syrah en su lugar favorito sobre la ventana que da a la calle, con la luz cenital que alumbra mis manos temblorosas que escriben en un papel sobre la mesa. Si me estiro un poco hacia la ventana puedo ver la esquina que da con calle Corrientes, me quedo esperando que se asome, que llegue con su sonrisa llena de dientes blancos y se acomode el flequillo antes de saludarme con un beso ruidoso de sus labios contra los míos.

Fin